

blanco. Y veo correr las letras delante de mis ojos como una punta de toros asustados, apretándose unos contra otros, mugiendo con los cuernos encendidos, cayendo al hoyo que hay en medio de una página. Cuando voy a tapar con la palma de la mano la sima de los toros o las letras, la página aparece blanca y sin estrenar, y al momento se transforma en un campo de trigo sin granar, y después en una fuente con música de oro.

Empiezo a divertirme y me siento fluyendo vivo en la fuente mientras me contemplo desde fuera, espectador de mí mismo. Descubro que tengo sed, y voy a beberme en la fuente...

El maldito despertador me cose con respuntes de ruido a lata vacía, desinflándome el sueño.

¿Por qué se me ocurriría anoche pensar que debía levantarme a las siete y media? ¿Es malo adelantarse con el pensamiento al discurrir de la naturaleza, al devenir del tiempo, ordenar que lo que vaya a ocurrir luego sea como quiero ahora?

Y cuando parece que voy a empezar a soñar filosofías, a cambiar el orden natural de la vida, a meterme en otra fantasmagoría de vigilia, el hombre normal que llevamos para que no se nos hagan los sesos agua, me explica en cuatro palabras:

—No saques las cosas de quicio. Pusiste el despertador porque a las ocho y media en punto tienes que estar fichando en la oficina.

## BURBUJA

Nos tropezamos al volver la esquina.

En el inevitable encontronazo,  
por un segundo nos unió el abrazo

contra la voluntad; ella, mohina,  
deshizo prestamente el dulce lazo

y continuó, camina que camina...

¡Qué pequeñita historia!

Jamás he vuelto a ver  
aquel rostro divino de mujer  
que vuelve con frecuencia a la memoria.

Parece que fué ayer...

EUGENIO PAYO

## ANECDOTARIO EXTREMEÑO

### De mis recuerdos periodísticos

**B**IEN claro amaneció aquel día sobre las torres y las murallas pacenses. Badajoz, que se enorgullecía entonces de sus 35.000 habitantes, vivía aquella vida provinciana que cantaban en sus versos Monterrey y los poetas líricos de su tiempo. Badajoz se enorgullecía también de contar con un Ateneo de altura y un periódico que en aquella época constituía un avance y un progreso para los medios y el ambiente en que se desarrollaban en provincias las publicaciones periodísticas. Titulábase «Noticiero Extremeño» y a mí me tocó, en el rodar de los días, sucediendo a López Prudencio y a Mirabal, dirigir aquel periódico.

¡Qué redacción, Dios santo, y qué sueldos los que cobraba aquella en sus laboratorios de la calle de Montesinos, como se llamaba a los locales donde se escribía y confeccionaba el periódico! Desde los quince duros del gacetillero hasta los cincuenta del director! Y era un periódico «¡a la moderna!» ¡Y qué tertulias las que se formaban en aquella redacción! Desde un gobernador civil que repetía constantemente la frase «la prensa es el cuarto poder del Estado», hasta un señor canónigo que nos contaba chascarrillos eclesiásticos, desfilaron por aquella redacción los tipos más pintorescos que he conocido en mi vida.

De atender y entretener a todos se encargaba nuestro compañero Lucas Sánchez Cuesta que era, si así puede decirse, el jefe del protocolo. Lucas Sánchez Cuesta que usaba, además de su nombre, unos cuantos seudónimos para su múltiple labor periodística—A. de Velís era el más vulgarizado—encarnaba en aquella redacción de «Noticiero Extremeño» el tipo del periodista enciclopédico de aquel tiempo, pues lo mismo «hinchaba» un telegrama, que hacía una crónica de arte y machacaba a los cómicos que se atrevían a montar obras de las entonces llamadas sicalípticas. Husmeador de noticias como pocos y acaparador de ellas casi siempre, él era el encargado de traernos las novedades que alteraban la monótona vida provinciana del Badajoz de 1908 a 1915.

No recuerdo ya con exactitud en qué año de los comprendidos en ese período fué el acontecimiento que motiva estas evocaciones periodísticas. Luquitas, como llamábamos en la intimidad a Sánchez Cuesta, vino a media mañana—yo la aprovechaba entera para el sueño—a despertarme. Cuando me di cuenta de su presencia voceaba inquieto y nervioso alrededor de mi cama.

—¡La gran noticia! Algo sensacional para nosotros y nuestra corresponsalia—gritaba.

—¿Pero de qué se trata—pregunté—para venir a alborotar a estas horas?